

delicado y pequeño de mujer: "Mojo el pie en su corriente y me estremezco. — Está hechizado el río! Crezco, crezco, — me vuelvo un árbol todo flor y brillo, — descubro el mar, vislumbro la montaña, — pero mi pie está prisionero, y daña — una mano de hierro mi tobillo" (*El Río*, soneto veinticuatro).

Juana de Ibarbourou tendrá como valor imperecedero éste de mostrar la dimensión de lo inefable en el espíritu de América, la "gracia" en lo criollo, revelada como fuerza tan natural como perfilada.—*Gastón von dem Bussche*.



"DIARIO DE UN CAZADOR", de *Miguel Delibes* (Premio Nacional de Literatura, 1955). Barcelona. Ediciones Destino. Colección "Ancora y Delfín". Segunda edición, 1956

Miguel Delibes, joven escritor de las nuevas promociones literarias españolas, nos ofrece un claro ejemplo de una trayectoria novelística en ascenso, desde el punto de vista de la expresión y de la técnica. Se inicia con la publicación de *La sombra del ciprés es alargada*, novela con la que obtuvo el Premio Eugenio Nadal, en 1947 (este premio constituye actualmente la consagración de los jóvenes valores que se inician en las letras, porque ha sido otorgado siempre sin atender a compromiso alguno). En esta novela podemos apreciar junto a las bellas descripciones, una agudeza de penetración en los caracteres de sus personajes, que revelan a un extraordinario observador de las tierras castellanas y de sus habitantes. Recordamos como dato ilustrativo, que el autor nos visitó en 1955, y que publicó en España posteriormente una serie de artículos sobre nuestro país y nuestra gente con un acierto poco común.

Posteriormente al año 47 publicó *Aún es de día*, *El camino* y *Mi idolatrado hijo Sisí*, que van acentuando sus rasgos realistas y una perfección en la técnica. La expresión se va volviendo más reconcentrada y ágil, tal como la encontramos en la novela que comenta-

mos, *Diario de un cazador*, obra con la que obtuvo el Premio Nacional de Literatura de España en 1955.

El título mismo de la obra nos indica la técnica usual de nuestro autor, la forma autobiográfica, tono que encontramos en tantas novelas contemporáneas, que vienen a acentuar el carácter subjetivo en esta fusión "de la experiencia extraída del mundo exterior y de la arrancada del propio yo". Pero, al revés de lo que suele suceder en algunos de los grandes escritores contemporáneos que se diluyen en la búsqueda de sus personajes multifacéticos, Delibes nos permite el acceso a una personalidad en formación y al conocimiento de esta evolución.

Opinamos que esta técnica tan socorrida en nuestro tiempo, no obedece a otra causa sino a la necesidad imperiosa de diálogo, de un diálogo consigo mismo, revelador de una intimidad propia de la lírica que al verse en un tema novelesco, adquiere colorido y sentido nuevos.

Queda así un remanente lírico que enriquece notablemente a este género, tenido tradicionalmente como objetivo, y cuyos límites nos parecen hoy día difusos, porque es la vida misma la que trasciende.

Volviendo a nuestra novela, podríamos anotar como antecedente otra obra del mismo autor: *El camino*; es la historia de una pequeña aldea vista a través de los ojos de un niño, casi adolescente, que busca su propio camino en la vida. *Diario de un cazador*, también nos da una visión de un pueblo español, a través de un diario de un joven bedel, de un Instituto de segunda enseñanza. Su vida se desarrolla en dos planos; su ocupación habitual es la de conserje, pero su verdadera vocación es la de cazador. De este conflicto marcarán las diferentes situaciones que constituyen la trama misma de la novela.

En un plano transcurren las incidencias habituales de su trabajo y la convivencia familiar: la vida del colegio, el pueblo, la casa. En el otro, su mundo ideal que anhela una realización, y que logra

una amplia satisfacción al obtener el campeonato de tiro organizado por los profesionales del pueblo.

El relato, en forma de diario de vida, se extiende a dos temporadas hábiles para la caza, separadas por un período de balance de la temporada; y se desarrolla ágil, lleno de situaciones humanas de un humor fino; y cuando estas situaciones se tornan trágicas, persiste el tono humorístico como una nota de ternura y de reciedumbre moral a la vez. Justamente esta es la característica clave y predominante del autor. Así, por ejemplo, una escena que transcurre el "10 de febrero, lunes", cuando uno de los personajes, "El Pepe", amigo del protagonista, ha sufrido un accidente mortal, y tratando "don Florián", el cura, de ayudarle a bien morir, y no encontrando ya otro recurso, nos relata, el autor, un cuadro maravilloso:

"...Pero don Florián, con toda su santa paciencia, siguió erre que erre y le dijo que él no tenía la culpa de que nadie le hubiera hablado nunca del cielo de los cazadores, que estaba lleno de cotos más grandes y mejores que el Muro, porque no hay pinos ni chaparros que estorben el tiro. El Pepe rebullía y entonces el cura arrimó la silla a la cama y dijo: "La cosa más o menos ocurre así. Tú, cada mañana, al despertar, acudes junto al Señor y vas y le dices: "Señor, si no os molesta, hoy quisiera cazar a toro suelto, o bien con galgos, o bien en mano, o bien de ojeo". Porque allí arriba, las laderas no pesan en los riñones como aquí abajo, ¿entiendes, hijo? O mejor todavía, tú le dirás al Señor: "Señor, si no os enoja, yo quisiera que me ojearan esta mañana unas perdices". Y el Señor le dirá a San Miguel: "Miguel, ¿dónde anda el coro de ángeles número cuatro?" San Miguel dirá: "Señor, preparándole las carambolas al campeón de billar que subió anoche". "¿Todavía?" preguntará el Señor. Y dirá San Miguel: "No se cansan sus brazos de hacer carambolas, Señor". Y dirá el Señor: "Di al número cinco, entonces, que ojeen unas perdices al Pepe. Que lo hagan con cuidado, ¿entiendes? Que no dejen mata por registrar. Tengo interés en que este muchacho se divierta". Y San Miguel marchará a avisar, y el Señor aún le gritará: "Digo que le metan también unos faisanes". ¿Te gusta tirar a los faisanes, hijo?..."

El relato maravilloso se prolonga hasta que el Pepe, conmovido en lo íntimo de su mundo soñado, se abre sin reservas.

No es esta una escena aislada solamente, ella está en función de la totalidad de la obra. Es el mundo ideal del mismo protagonista, que aparece en boca del cura, otro cazador veterano ya entre los hombres de aquel pueblo, que saben vivir con los elementos más humildes y a pesar de la estrechez.

La amenidad del relato no decae en ningún instante, al contrario va en aumento hasta el final mismo del libro, de tal manera que el lector anhela que el relato continúe.

Si es verdad que la expresión se aprieta más que en las novelas anteriores de Delibes, y adquiere mayor prestancia, también encontramos, con mucha frecuencia, que se nos hace —a nosotros los chilenos— ininteligible por el exceso de regionalismos o del argot del personaje o de los cazadores aficionados que allí aparecen. Sin embargo, esto que puede ser un defecto del estilo, contribuye a que el lenguaje se torne chispeante y fresco, y nos hace recordar algunas de nuestras mejores novelas criollas, que para el español o cualquier extranjero suelen ser también incomprensibles.—*Luis E. Muñoz G.*



“33 ESCALONES DE ESPERANZA”, poemas de *María Eugenia González Olachea*. Perú, 1957

Disciplinado en la prosa, en cuyas estancias, de paso, la poesía deja sus esencias, me siento, sin duda profano y comedido, cada vez que un manojo de versos requiere mi atención, ofrecido en jardinera de cristal o en jarrón de mayólica. Habitados a penetrar y avizorar en la novela y el cuento, por principio más objetivos que íntimos, entramos en el mundo del verso caminando con la punta de los pies, para no interrumpir el silencio, cargado de secretos, que precede a la voz próxima. Cada vez que abro un libro de versos, tengo esta acti-